

HISTORIA ORAL Y ESTUDIO DE LA GUERRILLA EN LA ARGENTINA

Pablo Pozzi*

Resumen: Durante la última década, muchos investigadores argentinos se han volcado al estudio de las organizaciones guerrilleras a principios de la década de 1970. La carencia de acervos documentales, y la disponibilidad de numerosos sobrevivientes han llevado a la mayoría de los investigadores a recurrir a la memoria y la oralidad como fuentes centrales en sus trabajos. Los resultados de esta utilización de la historia oral han sido muy variados en calidad pero también de una notable riqueza documental.

Este artículo se basa en un relevamiento de estas investigaciones a partir de un cotejo con la propia investigación del ponente, para así discutir algunos de los problemas y de las virtudes de esta aproximación a la temática. En particular se trata de articular tanto la subjetividad de los testimoniantes como la de los investigadores. Así, la investigación de la guerrilla se convierte en un lugar clave para repensar la temática en torno a la reconstrucción de la memoria al igual que su utilización en el contexto político.

Palabras Claves: guerrilla, lucha armada, testimonios, Argentina, subjetividad.

Abstract: Over the past two decades many Argentine historians have turned to studying the different guerrilla groups in the 1970s. The lack of documentation has forced many of us to turn towards oral testimonies of survivors, repressors, and witnesses as a key research source. This paper discusses this research by comparing different approaches to discuss some of the problems and virtues of these studies. By taking into account subjectivity we can reconsider many of our basic premises in Argentine through analyzing the phenomenon of armed struggle.

Keywords: guerrilla, armed struggle, testimonies, Argentina, subjectivity.

Recibido: diciembre de 2009

Aceptado para su publicación: Febrero de 2010

* PhD en Historia, Director del Programa de Historia Oral de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (Argentina).

HISTORIA ORAL Y ESTUDIO DE LA GUERRILLA EN LA ARGENTINA

Pregunta: Y decime, ¿qué era el socialismo para vos en ese entonces?

Respuesta: Y, el socialismo era como la liberación. Yo tomaba todo lo que yo había pasado y veía que la otra gente también estaba pasando, de distintas formas pero estaban pasando el mismo sufrimiento que pasábamos nosotros, los trabajadores. Entonces veía que el socialismo era la liberación hacia los trabajadores. Los trabajadores iban a poder hacer, ir a la escuela, a la facultad, todo. Entonces eso a mi me gustaba. Porque justamente fui aprendiendo con los compañeros que el trabajo hay que realizarlo pero junto con el trabajo va toda la parte intelectual, todo eso, que yo nunca tuve oportunidad. Después, cuando me puse a pensar todo esto, me hubiera gustado hacer la secundaria, terminar algo. Entonces socialismo significaba todo eso.

Obrero metalúrgico, militante del PRT-ERP

Durante la última década, muchos investigadores argentinos se han volcado al estudio de las organizaciones guerrilleras a principios de la década de 1970. La carencia de acervos documentales, y la disponibilidad de numerosos sobrevivientes han llevado a la mayoría de los investigadores a recurrir a la memoria y la oralidad como fuentes centrales en sus trabajos. Los resultados de esta utilización de la historia oral han sido muy variados en calidad pero también de una notable riqueza documental. Los aportes de la historia oral nos llevan a reconsiderar algunos de los problemas y de las hipótesis históricas que hemos sostenido hasta la fecha. En particular se trata de articular tanto la subjetividad de los testimoniantes como la de los investigadores, para comenzar a vislumbrar las posibilidades de una reinterpretación de los procesos históricos contemporáneos. En otras palabras, tanto el recuerdo de los militantes como la percepción de los investigadores se encuentran en una zona confusa y contradictoria que combina aspectos éticos, políticos y morales entremezclados con percepciones actuales y pasadas y con la experiencia vivida. Asimismo, si bien la influencia de la historia oficial partidaria sobre los recuerdos personales otorgó características míticas a algunos testimonios, al mismo tiempo la historia "oficial" construida a partir de esa época ha condicionado la mirada del investigador.

Lo importante en este uso de la historia oral no es su veracidad, sino la posibilidad que ofrece de rastrear sentimientos a través del tiempo. En toda memoria y en todo mito podemos encontrar elementos de hechos y de sentimientos relativos a la época evocada. La memoria política no se da sólo desde el hoy hacia el pasado, se trata más bien de una relación dialéctica entre ambos, y entre éstos y la vida y la cultura del entrevistador y del entrevistado.

Estos últimos años la historia oral se ha revelado de suma utilidad en el estudio de la historia de la militancia latinoamericana entre las décadas de 1950 y de 1990.¹ Puesto que en las fuentes escritas existe escasa información de índole cualitativa sobre la subjetividad del guerrillero y la militancia cotidiana, cada vez más historiadores recurren, además, a la oralidad. A través del testimonio es posible acceder a un mundo que no había quedado asentado en papel. En este sentido, y en la medida en que cada investigación se planteó una historia “desde abajo”, y no sólo de los dirigentes o de las instituciones, la entrevista ha surgido como una fuente de indudable riqueza histórica que pasa por un proceso de confrontación con la fuente escrita. Algunos ejemplos de esto han sido los estudios de Alfredo Molano sobre las FARC², de Sebastián Leiva sobre el MIR chileno³, de Alejandro Peñaloza⁴ y de Verónica Oikión y María Eugenia Ugarte⁵ sobre distintos movimientos armados mexicanos, de Elizabeth Ferreira sobre mujeres guerrilleras en Brasil⁶, de Rolando Alvarez sobre la clandestinidad de Partido Comunista de Chile⁷, y de José Luis Rénique sobre los presos políticos de Sendero Luminoso en Perú⁸. En el caso de la Argentina, además de los trabajos propios⁹, hay una gran cantidad de obras importantes entre las cuales se destacan las de Gabriel Rot¹⁰ y Ernesto Salas¹¹. Asimismo, existen varios acervos de importancia con entrevistas y testimonios de antiguos militantes guerrilleros.¹²

¹ Los más conocidos y difundidos son los estudios sobre los movimientos armados, sin embargo existe una cantidad de trabajos sobre militancia de izquierda que son sumamente importantes, entre los cuales hay que destacar el estudio de Víctor Hugo Acuña Ortega sobre los zapateros comunistas de Costa Rica y el de Mariana Mastrángelo sobre los comunistas de San Francisco de Córdoba en 1929.

² Por ejemplo, Alfredo Molano. “Melisa, una mujer de las FARC”. *Taller 7*. Buenos Aires: AECS, 1998.

³ Sebastián Leiva. *Teoría y práctica del poder popular: los caso del MIR en Chile y el PRT-ERP en Argentina*. Santiago de Chile: Mimeo, 2006.

⁴ Alejandro Peñaloza. *La lucha de la esperanza: historia del MAR (1965-1971)*. México DF: Tesis de licenciatura, ENAH, 2004.

⁵ Verónica Oikión y María Eugenia Ugarte. *Movimientos armados en México, siglo XX*, 3 vols. México DF: CIESAS-El Colegio de Michoacán, 2006.

⁶ Elizabeth Xavier Ferreira. *Mulheres, militancia e memoria*. Rio de Janeiro: Fundação Getulio Vargas, 1996.

⁷ Rolando Alvarez. *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2003.

⁸ José Luis Rénique. *La voluntad encarcelada. Las luminosas trincheras de combate de Sendero Luminoso del Perú*. Lima: IEP, 2003.

⁹ Pablo Pozzi. *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: EUDEBA, 2001.

¹⁰ Gabriel Rot. *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2000.

¹¹ Ernesto Salas. *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2003.

¹² Estos son el del Programa de Historia Oral de la UBA, el del Instituto Histórico de la

De la cantidad de testimonios disponibles emergen una serie de cuestiones que nos hacen repensar el conjunto de la historia de América latina. Así algunas cosas que saltan a la vista son:

1. la violencia es algo endémico en la sociedad latinoamericana; o sea, la hegemonía de la clase dominante es y ha sido endeble por lo que se ha visto permanentemente cuestionada por el movimiento popular y ha logrado mantener su dominación a través de una represión salvaje y oculta por los medios de comunicación. Esto, a su vez, implica repensar temas como las revoluciones mexicana y boliviana, la cuestión electoral como parámetro de democracia, y el estado como algo “autónomo” en “disputa” entre distintos sectores sociales.
2. la guerrilla, como tal, no ha sido producto de vanguardias iluminadas o de grupos estudiantiles románticos, o menos aun de izquierdistas desesperados, sino que encuentra profundas raíces en la situación social del continente, o sea en la lucha de clases.
3. la guerrilla no ha sido un fenómeno local ni siquiera campesino, sino que se extendió por todo el continente y abarcó a todos los sectores sociales.
4. la persistencia de estas condiciones sociales implicó que el aniquilamiento y la derrota de un grupo guerrillero resultó en la semilla para el surgimiento de otro (u otros) nuevo.
5. en este sentido, y como expresión de estas condiciones, la guerrilla se constituyó en una amenaza real a la dominación más allá de su poder de fuego o apoyo popular.
6. con variaciones de época y de grupo en grupo, la guerrilla contó con mucha más simpatía y apoyo popular del que podemos suponer.
7. así la represión y las técnicas de dominación son y han sido tan avanzados que se constituyen en un antecedente ineludible –y hasta ahora no estudiado—para comprender nuevas formas de dominación e inclusive una dominación sin hegemonía en forma constante.

Todo lo anterior es aplicable al caso argentino, y a su vez es polémico al cuestionar algunas de las hipótesis más difundidas en la historiografía de ese país. Lo notable es que si bien el tema de la guerrilla revolucionaria en Argentina sigue concitando, treinta años después de aquella gesta, el interés de amplios sectores de la población, sin embargo, y con algunas notables excepciones, existe una escasa

Ciudad de Buenos Aires, y el del CEDINCI dirigido por Horacio Tarcus. Habría que agregar, también, que los acervos de historia oral tanto en la Asociación Memoria Abierta, como en la Asociación de Abuelas de Plaza de Mayo contienen una gran cantidad de entrevistas que, si bien se centran en las temáticas de derechos humanos, son pasibles de ser utilizados con mucho provecho para reconstruir historias de vida de militantes setentistas.

discusión y comprensión en profundidad de su historia, su significado, y de la sociedad que la gestó. Lo escaso del debate es notable porque una de las primeras obras sobre el tema, la de Richard Gillespie¹³ sobre Montoneros, lanzó una cantidad de hipótesis y conclusiones que llamaban a profundizar la investigación y de hecho polemizaban con las versiones oficiales tanto de los antiguos militantes como de lo que se denominó genéricamente “el alfonsinismo”. Otros estudios serios de aquella época, como el de Oscar Anzorena¹⁴ y el de Germán Gil¹⁵, que deberían haber servido como disparador de discusiones, fueron opacados por libros superficiales que tendían más a obscurecer que a comprender al fenómeno guerrillero. Así, una cantidad de obras se convirtieron en la “historia oficial” a pesar de contar con escasísima investigación. Durante la última década hemos visto un alud de estudios, memorias, trabajos periodísticos, recopilaciones documentales, y algunas investigaciones científicas. Lo que casi no hemos visto, más allá de alguna invectiva, es una reflexión más profunda sobre esta temática y sus implicancias históricas. Lejos de lograr una síntesis que permita al conjunto social aprehender y aprender de la experiencia revolucionaria, existe una masa de trabajos que en el mejor de los casos no superan lo anecdótico y en el peor reescriben la historia según sus conveniencias o la tergiversan.

Hace ya casi 18 años comencé a investigar a la organización guerrillera Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Para poder hacer la investigación tuve que recurrir, además del tradicional trabajo de archivo, a la historia oral. Necesitaba que fueran los mismos militantes los que me contaran su experiencia; aquella que no quedaba registrada en los informes oficiales, en los periódicos o en los partes de las fuerzas represoras. Pero, además, tuve que entrevistar a sus “enemigos”, a los militantes de grupos no armados, y a los habitantes de zonas donde la guerrilla se había desarrollado. El entrecruzamiento de todos estos testimonios permitía aproximarse al proceso histórico (tanto subjetivo como objetivo) que había generado la gesta guerrillera y, al mismo tiempo, percibir su recepción popular y su grado de articulación con la sociedad. El testimonio se convertía así en una fuente histórica de gran valor para aprehender procesos sociales y políticos ocultos por las historias escritas desde el poder. También, los testimonios revelan que aún la mejor historia académica se encuentra incrustada y condicionada por una serie de presupuestos que son aceptados como postulados sin necesariamente tener un respaldo en los hechos.

Así la historia oral es otra forma de hacer historia; de hacer *buena* historia. Por que no se trata sólo de hacer entrevistas y contar cuentos, sino más bien de expresar cuestiones complejas a partir de la experiencia real de la gente. Se trataba

¹³ Richard Gillespie. *Montoneros. Soldados de Perón*. Buenos Aires: Editorial Grijalbo, 1987.

¹⁴ Oscar Anzorena. *Tiempo de violencia y utopía*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1988.

¹⁵ Germán Roberto Gil. *La izquierda peronista (1955-1974)*. Buenos Aires: CEAL, 1989.

de rescatar la memoria viva para que las futuras generaciones pudieran construir su futuro. La buena historia oral es una forma que, a partir de experiencias individuales, puede un ser humano común sentirse reflejado, aprender de las experiencias y que le sirva para repensar su propia realidad.

Esto es así por un lado, pero por otro la historia oral es también una forma de recuperar aquella historia que ha sido silenciada por los poderosos. Sin embargo, no toda cuestión oral es historia oral. Existen múltiples formas de testimonios, que son válidas y útiles, pero que no son historia oral. La labor de entrevista que hace un periodista es oralidad; el trabajo de antropología cultural también lo es; y ni hablar del análisis lingüístico y del discurso. En el caso de la historia oral sus pautas distintivas tienen que ver sobre todo con el hecho de que a través de la oralidad se trata de disparar la memoria para construir una fuente que nos aporte a lograr una forma más completa de comprensión del proceso social. Así comprender el proceso sociohistórico que había producido no menos de diecisiete grupos guerrilleros en Argentina entre 1969 y 1976, no podía prescindir de los testimonios orales de sus protagonistas. Si la historia es el ser humano, en sociedad y a través del tiempo, entonces la historia oral provee una fuente al investigador para aprehender tanto la subjetividad de una época, como para percibir una serie de datos que de otra manera no ha quedado registrada. Digamos, el testimonio (más allá de su belleza o cualidad emocionante) tiene sentido para el historiador mucho más allá de su construcción como discurso, como narración, o como imaginario. Su sentido lo da (o no) el que provee una ventana particular para mejorar nuestra comprensión de una sociedad determinada. Así, el historiador oral debe utilizar no sólo las técnicas del entrevistador sino sobre todo las del historiador, tomando todos los recaudos necesarios tanto al interrogar la fuente como al construir una explicación a partir de ella. Si no hay explicación, si no hay proceso, si el uso de la oralidad no sirve para explicar el proceso histórico, entonces el análisis puede ser válido y hermoso pero no es historia oral.

Por otro lado, y debemos aclararlo, de ninguna manera es la historia oral la historia de "los sin voz", o en este caso la de los guerrilleros. Como toda historia, es una construcción del historiador con los historizados. Lo que sí permite, es acceder a sectores no dominantes de maneras innovadoras. O sea, sino fuera por la historia oral en general todo lo que podemos hacer es ver a los oprimidos a través de las fuentes gestadas por los opresores.

En el mismo proceso de investigar la guerrilla argentina del PRT-ERP tuve que realizar docenas de entrevistas y descubrí, para mi gran sorpresa, que mi trabajo se encontraba imbuido de una cantidad de preconcepciones que se derivaban de mi propia extracción social. Cuestiones que yo sabía por experiencia propia como militante o como obrero fabril, no las había tomado en cuenta como historiador. Por ejemplo, el mero hecho que la violencia no es algo externo y ocasional, sino que es

parte de la vida cotidiana del trabajador. De hecho esa fue mi experiencia como obrero mecánico, como gráfico y como pulidor de oro. La vida en la fábrica implica violencia; la explotación es violencia; las huelgas se defienden con violencia. Sin embargo, y a pesar de la experiencia propia, esto me lo tuvieron que explicar mis entrevistados. Uno me dijo: “Empecé a recordar la vida donde nosotros vivíamos. En los obrajes cómo vivía la gente. Los compañeros me hablaban; me sorprendía el conocimiento que tenían de la situación en que vivía la gente, por ejemplo ahí en Santiago del Estero, los Santucho [*dirigentes de la guerrilla del PRT-ERP*] sabían bien lo que pasaba, que había superexplotación, que no les pagaban sueldo, que les pagaban con papeles, con mercadería, que no tenían atención médica, que se morían desangrando por heridas, por picaduras de víbora, que se yo, hasta lepra había habido en el pueblo en el que yo vivía; y ellos me decían ‘eso es violencia, eso también es violencia’.”

Otra cuestión son los mitos y los silencios. En mi propio trabajo¹⁶ comencé con una concepción sobre el PRT-ERP derivada tanto de la experiencia personal como de los propios escritos partidarios y del folklore de los militantes. En el proceso de la investigación si bien algunos conceptos fueron confirmados; otros se revelaron falsos o inexactos. Esto fue particularmente duro porque los datos relevados tendían a cuestionar tanto la eficacia de mi memoria como lo que yo había entendido como mi experiencia personal y la de los militantes que conocía y apreciaba. Pero más aún, muchos de esos datos implicaban que debía buscar respuestas o sugerir hipótesis que en varios casos no eran gratas a la construcción que había realizado de mi propia historia, de mi generación y de mi país. Por ejemplo, para mí los militantes del PRT-ERP eran seres excepcionales. La investigación reveló que efectivamente había individuos que lo eran, pero también que había otros que dejaban mucho que desear, y una cantidad muy grande eran gente común con virtudes y defectos. En esta mitificación no fui el único: por ejemplo, Gregorio Levenson y Ernesto Jauretche publicaron un libro titulado *Héroes. Historias de la Argentina Revolucionaria*.¹⁷

Asimismo, el PRT-ERP fue una organización de su época y de la sociedad argentina. Por ejemplo, al igual que la clase obrera argentina, como organización obrerista el partido tenía múltiples formas de machismo. Este machismo era menos que en el conjunto de la clase (razón por la cual captó un número muy importante de mujeres), sin embargo existieron formas de discriminación de la mujer. Al igual que mis testimoniantes, esto no lo percibí en su época y me costaba mucho admitirlo años más tarde. Sin embargo, era lo que quedaba claro tanto en los testimonios como en los boletines internos de la organización y en su prensa. Estos mitos y silencios recorren casi todas las obras sobre el tema. Recién ahora algunos investigadores han tomado el tema del género. Tampoco hay referencias al tema de los militantes

¹⁶ Pozzi. 2001.

¹⁷ Ediciones del Pensamiento nacional, 1998.

homosexuales y el trato que recibían en las organizaciones. Más sorprendente han sido los silencios en torno a la relación de la guerrilla con la clase obrera, o a su inserción social.

Por debajo de todo lo anterior se han instalado una serie de postulados que son rara vez cuestionados y que subyacen a gran parte de los libros y artículos publicados sobre el tema. Estas premisas obedecen tanto a debates y alineamientos militantes en la época como a posturas ideológicas actuales derivadas tanto de las consecuencias de la represión dictatorial y de la derrota de las organizaciones, como al alineamiento político y la necesidad de justificar el mismo. En síntesis, lo que parece haberse establecido como un lugar común de muchos trabajos sobre el período puede resumirse en los siguientes conceptos:

- La guerrilla fue principalmente un fenómeno de sectores medios estudiantiles, impactados por la gesta guevarista y por ende no eran representativos de un fenómeno social más amplio;
- La violencia política emergió en la Argentina con la guerrilla;
- La guerrilla no comprendió ni valoró la democracia y con su accionar provocó la represión;
- La guerrilla marxista –sobre todo el PRT-ERP y en menor grado las FAR—no comprendió ni al peronismo ni a Perón aislándose así de las masas y contribuyendo a su propia derrota. De hecho, toda la izquierda era marginal en la vida política argentina.
- Si bien los militantes eran gente ejemplar, sus direcciones eran autoritarias, o peor aun fueron las responsables del genocidio de 1976.

En cuanto al primer punto, es difícil generalizar. Sin embargo, una primera impresión a partir de los numerosos testimonios y memorias es que la guerrilla se nutrió en los más amplios sectores sociales. De hecho, mi propia investigación sobre el PRT-ERP demuestra a las claras que por lo menos esa organización tenía una composición social bastante cercana a la de la sociedad argentina de la época. Sobre los más de seis mil militantes del PRT-ERP a fines de 1975, yo pude reconstruir la historia de vida de 700 de ellos. En cuanto a la extracción social de los miembros del PRT-ERP en la muestra, utilizando una categorización a partir de la ubicación social de la familia de procedencia, inferimos que: 2,5% era de origen burgués; 6,5% procedía de familias pequeñoburguesas (chacareros, comerciantes, dueños de pequeños talleres); 42% pertenecía a sectores medios (empleados, profesionales, docentes, intelectuales); 45% procedía de la clase obrera (obreros rurales, industriales y de construcción); 1,5% pertenecía al campesinado y el mismo porcentaje a sectores marginales o lumpenproletariado; finalmente 1% no se pudo precisar. La distribución es relativamente lógica dada la conformación de la sociedad

argentina en la década de 1960 y demuestra que el PRT-ERP captó militantes en todos los sectores sociales, y que el mayor porcentaje pertenecía a la clase obrera y los trabajadores asalariados no proletarios.

De los datos expuestos más arriba surge un tema importante. El PRT-ERP logró captar una cantidad apreciable de obreros y obreras incluyendo un buen número que había adherido o activado en el peronismo en sus distintas expresiones. En general, en los testimonios recopilados queda claro que para estos obreros peronistas la militancia en el PRT-ERP no era vivida como una contradicción. Quizás una parte del tema es que, como muchos argentinos de la década de 1970, la adhesión al peronismo o al radicalismo se vivía más como una tradición familiar, como un sentir, que como una ideología política. Así como numerosos hijos de familias antiperonistas de la época se acercaron a la Tendencia Revolucionaria del peronismo, muchos obreros peronistas se acercaron a la izquierda. En el caso de los testimonios sobre el PRT-ERP lo que revelan es que esa organización contó con una cantidad elevada de militantes obreros con antecedentes personales o familiares en el peronismo. De hecho todas las organizaciones políticas reclutaron peronistas, no peronistas, y una gran cantidad de gente casi sin antecedentes políticos previos.

Lo anterior lleva al tema de la violencia. El investigador Sergio Bufano plantea que: “El vértigo de la violencia, el uso de las armas, la sola presencia de un arma en el cajón de la mesa de luz, siempre lista para ser usada, no podía menos que transformar las relaciones humanas”.¹⁸ Al igual que Bufano, en muchos trabajos parecería que la violencia irrumpió, en un cielo azul y despejado de una sociedad pacífica y armoniosa, de la mano de una juventud entusiasmada por la gesta guevarista, y que la mayoría del pueblo repudiaba el accionar armado, sobre todo después de 1973. Esta es una visión ahistórica. La historia argentina (y la latinoamericana) está plagada de hechos de violencia política. Además de las masacres de indígenas, de gauchos y de obreros, las elecciones fueron siempre peleadas a tiros por lo menos hasta 1946. Más aun, los partidos políticos tenían un aparato armado, generalmente para la autodefensa. El aparato del Partido Comunista Argentino es conocido. Pero pareceríamos olvidar que los comandos radicales y socialistas que asaltaban las sedes sindicales después de 1955 eran grupos armados. La famosa “patota” sindical también lo era; y las organizaciones peronistas CdeO, Guardia de Hierro, y CNU todas tenían su aparato.

La característica particular de la guerrilla no era el uso de la violencia política, sino que la lucha armada era considerada una de las vías para la toma del poder y la transformación revolucionaria socialista de la sociedad. Todos los que critican a la guerrilla por “violenta” realmente la están criticando por haber sido revolucionaria y haberse constituido en una alternativa real de poder. No todo grupo armado era revolucionario, así como no todos los grupos revolucionarios adherían a

¹⁸ Sergio Bufano. “La vida plena”. *Lucha armada* 1, (enero-febrero 2005), pág. 23.

la lucha armada. Esto efectivamente transforma las relaciones humanas en cualquier organización y también en la sociedad en su conjunto.

La diferencia entre mitos y realidades es importante para comprender que la guerrilla no fue una anomalía sino un producto de tendencias y planteos profundos en la sociedad argentina. Durante toda la década de 1955 a 1965 la discusión entre el activismo era el tema del poder. Esta es una de las cosas que surge de la obra de Gabriel Rot sobre el Ejército Guerrillero del Pueblo¹⁹. Jorge Masseti logró desarrollar un embrionario aparato urbano y reclutar militantes para su proyecto foquista. Entre los testimonios que Rot recogió es más que sugerente que, en 1963, la propuesta de hacer un foco guerrillero en Salta encontrara eco entre la Federación Juvenil Comunista, e inclusive que aquellos que no coincidieron ni adhirieron tampoco los juzgaron como “un grupo de loquitos” o de provocadores. El mismo tipo de cosa surge de los testimonios en la *Historia del Trotskismo* de Ernesto González²⁰ cuando analiza la ruptura de Angel “Vasco” Bengoechea de Palabra Obrera, o de la historia de los grupos que se reivindicaron peronistas revolucionarios, o de la del Partido Comunista. En todos la presión y el tema de la lucha armada como vía para la toma del poder generó discusiones, debates y rupturas, mucho antes del surgimiento de los grupos guerrilleros “setentistas”²¹. Y estas discusiones no estaban limitadas a sectores estudiantiles o medios. En Rosario los trabajadores que luego formaron el Comando Che Guevara, en 1969, estuvieron varios años discutiendo y planificando una guerrilla rural como vía al poder²²; Bengoechea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional tuvieron fuertes vínculos con sectores obreros²³; y los azucareros tucumanos en torno a Santucho también planteaban la lucha armada²⁴.

En parte todo lo anterior tenía que ver con la situación mundial. Los testimonios dejan en claro que tanto la Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam, como las luchas de liberación en Africa (recordemos el impacto de *La Batalla de Argel* de Gillo Pontecorvo), las gestas del Che, Camilo Torres y Carlos Marighela fueron muchísimo más importantes que el actualmente tan de moda ‘68 francés²⁵. Pero esto no alcanza para explicar el fenómeno. Si bien el ejemplo de otras experiencias es importante, no es suficiente para explicar porqué tanta gente y tan

¹⁹ Rot. 2000.

²⁰ Ernesto González, coordinador. *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Tomo 3, Vol. 1. Buenos Aires: Editorial Antídoto, 1999.

²¹ Sergio Nicanoff y Axel Castellano. *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina*. Cuaderno de Trabajo No. 29. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2004.

²² Véase: Laura Pasquali. “Los desafíos de una sociedad convulsionada: los comandos armados en los orígenes de la guerrilla marxista en Rosario”. *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Vol. 7, No. 21 (Buenos Aires: noviembre 2004).

²³ Nicanoff y Castellanos, 2004.

²⁴ Pozzi. 2001.

²⁵ De hecho las movilizaciones de 68 francés rara vez aparecen en los testimonios como factor de politización.

variada se lanzó a la lucha por tomar el poder. Evidentemente lo que ocurrió es que los ejemplos internacionales sirvieron para sintetizar experiencias y sentires de, por lo menos, los sectores activistas de la sociedad argentina. Para muchos de mi generación la historia política argentina era de violaciones permanentes a la voluntad popular. Así la “vía pacífica” al socialismo era una utopía irrealizable porque la burguesía jamás lo iba a permitir. Y esto se refrendaba en la historia argentina, y más tarde en el golpe contra Salvador Allende en Chile. Un país mejor y más justo era posible pero sólo derrotando a los poderosos en una lucha abierta. Para expresarlo en forma “setentista”: la violencia de los de abajo era una respuesta a la violencia de los de arriba. En este sentido era aceptada y comprendida por muchos, aun cuando no adhirieran o la compartieran. De ahí que la guerrilla contó con mucha más simpatía de la que hoy en día admitirían los analistas vinculados a la “historia oficial”, tanto antes como después de 1973.²⁶

En gran parte esto tiene que ver con el tema de la democracia en Argentina. En aquella época el parlamentarismo electoral, sujeto a proscripciones y limitaciones múltiples desde 1880, no era una expresión democrática. Las luchas democráticas eran aquellas que se remontaban a los tres levantamientos radicales, a las luchas de los anarquistas, a las huelgas bravas de los comunistas en la década de 1930, a la Resistencia Peronista y, por supuesto, al Cordobazo. Las elecciones eran una conquista de las luchas populares, pero en sí mismas no eran expresión del gobierno del *demos*. Así, cuando uno de los testimonios en el documental *Cazadores de Utopías* declara que ellos (Montoneros) peleaban “por la Constitución” esta planteando una visión ahistórica, donde el presente reconstruye la memoria. Ni el conjunto de testimonios ni la documentación disponible da a entender que alguno de los grupos guerrilleros peleaba por una Constitución que restringía el derecho al voto, que garantizaba las relaciones de producción capitalistas, y que consagraba un senado y un colegio electoral como garantía de los poderosos. Los que critican al PRT por antidemocrático se olvidan que éste participó en las elecciones de 1965 logrando varios éxitos y proponiendo reformas importantes en el parlamento (la Ley Fote) para ver su esfuerzo birlado en el golpe de 1966. Lo mismo podemos decir de Montoneros que fue central para el triunfo electoral del peronismo en 1973, para encontrarse con la masacre de Ezeiza y el golpe palaciego de que derivó en la renuncia del presidente Héctor Cámpora.

Pero además, y como señalé más arriba, el objetivo final de las guerrillas era la toma del poder para hacer la revolución socialista. Entre ellas discrepaban en cuanto al contenido del término “socialismo”, respecto de las estrategias y a la valoración de Perón en función de este objetivo, pero el mismo no se ponía en duda. Según todos los testimonios disponibles, las elecciones de 1973 fueron consideradas por un amplio sector del activismo como un momento antes de que la burguesía

²⁶ Pablo Pozzi y Alejandro Schneider. *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*. Buenos Aires: EUDEBA, 2000.

volviera, a través de un golpe de estado, a violar la voluntad popular. Así lo que emerge es que la guerrilla si valoró la democracia, pero que su definición de este término equivalía a “voluntad popular”. En este sentido el parlamentarismo capitalista era, en el mejor de los casos, una democracia restringida. En cambio la democracia guerrillera se asentaba en la movilización popular, y se concretaba en la conformación de formas de organización con características de poder dual: comisiones villeras, agrupaciones sindicales y estudiantiles, comités de base y un sinfín de otras formas que permitían plantear la conformación de un poder popular genuinamente democrático. La visión actual se asienta sobre el éxito de la “democracia” alfonsinista que fue el resultado del aniquilamiento de las posibilidades de democracia popular.

Por otra parte, según muchos analistas “el peronismo mostró que mantenía su vigencia”.²⁷ Realmente lo que se visualiza en los testimonios es que el peronismo estaba profundamente fraccionado y que sólo la figura de Perón podía generar algún tipo de disciplina. La división entre izquierda, centro y derecha peronista eran fenómenos nuevos gestados después del golpe de 1955. Al mismo tiempo las permanentes denuncias de distintos dirigentes de indudable alcurnia peronista sobre los “infiltrados” en el movimiento, demuestran no sólo la fractura sino que la izquierda no era para nada marginal. En 1960 la izquierda marxista se limitaba a un PCA y algunos pequeños grupos trotskistas. En 1973 la izquierda era una amplísima gama de organizaciones. Es relativamente cierto que tenían poco peso electoral (excepto el PCA que motorizó la APR con casi 900 mil votos) pero eso sería solamente reducir el peso político a una mera capacidad de movilizar votantes. Lo que si se puede constatar es que hacia 1975 el flujo de activistas obreros hacia la izquierda (armada y no armada) era un río.

De todas maneras, en este tipo de cuestión siempre existe el peligro de ver el vaso medio lleno y no medio vacío, al fin y al cabo millones de obreros argentinos y peronistas no adhirieron a la guerrilla. Aquí habría que considerar dos cosas que son distintas. La primera es si no adhirieron porque eran peronistas. Mi postulado es que la mayoría de los trabajadores que se decían peronistas tenían un escaso nivel de politización. En este sentido, no sólo no adhirieron a la guerrilla sino que tampoco a ninguna otra organización y que su “sentir peronista” tenía la ventaja de no exigir nada a cambio. La adhesión a las organizaciones de la izquierda marxista y peronista, en general, suponía cierto nivel de politización o de interés político previo. Por supuesto, no todo trabajador con un nivel de politización importante se acercaba a estas organizaciones. Así, lo que se erigía como barrera no era el peronismo sino el bajo nivel de politización. Aun en momentos de auge de masas o de avances revolucionarios, es una minoría de la población la que participa activamente.

²⁷ Por ejemplo, véase Carlos Flaskamp. “En respuesta al artículo de Gabriel Rot”. *Lucha armada* 2 (abril-mayo 2005), pág. 105.

Esto lleva a la segunda cuestión. Lo importante no es la cantidad de obreros que se acercaron a la guerrilla, como porcentaje del total, sino la proporción de los obreros politizados y si esta adhesión estaba en crecimiento o no. Los datos disponibles indican que, por ejemplo, la incorporación de obreros al PRT-ERP fue en aumento a partir de 1972 y que fue muy notable en 1975. Una impresión muy general indica que esto era cierto para casi todas las organizaciones que se definían revolucionarias durante el período. Claramente, en la primera mitad de la década de 1970 se vivió un rápido proceso de politización obrera hacia la izquierda, fuera esta marxista o peronista.²⁸ Otra cuestión es qué proporción de los obreros politizados fluían hacia la guerrilla. En el marco de las investigaciones realizadas hasta el momento es imposible definirlo con alguna precisión, puesto que habría que reproducir la muestra realizada para PRT-ERP a todas las organizaciones de la época. Sin embargo, dado que el PRT-ERP era una organización guerrillera y marxista, suponemos que el nivel de politización y compromiso que le exigía a un obrero peronista politizado –formado en una tradición macartista—era mayor que la que le exigía el adherir a una organización de la izquierda peronista. Por lo tanto la adhesión de un obrero al PRT-ERP debería ser considerada no sólo cuantitativamente sino por su significación cualitativa.

Al investigar la actividad subterránea de la guerrilla argentina entre 1966 y 1976 tuve que repensar categorías, métodos, perspectivas y formas de aproximación a la historia de los trabajadores. La cantidad de obreros peronistas que se hicieron “del PRT” revelaba que éstos, a pesar de su supuesta ideología, no eran estructuralmente anticomunistas. Es más, lo que yo recogía era que el proceso de politización tenía que ver con la calidad humana y la práctica del militante más allá de la línea política en sí. Así, surgía la sospecha que para la clase obrera el clasismo no es una postura ideológica sino más bien una *praxis* social.

Si la clase obrera no había rechazado uniformemente a la guerrilla y si se podía probar que la incorporación de obreros politizados a las organizaciones armadas era cada vez mayor, a su vez tenía que plantearme el porqué una guerrilla que era numerosa y en crecimiento, aguerrida, y con una relativa inserción de masas había sido aniquilada en un plazo de un año y medio de represión. Indudablemente la represión había sido salvaje e indudablemente la guerrilla había cometido errores. Sin embargo, esto no alcanzaba puesto que en lugares como Colombia, Nicaragua, El Salvador o Guatemala las organizaciones armadas revolucionarias habían sobrevivido a momentos de derrota tan profundos como el de Argentina. Más aun, la experiencia chilena del MIR con la guerrilla de Neltume²⁹ o la del Partido Comunista con el

²⁸ Véase Pozzi y Schneider, 2000.

²⁹ Véase la interesantísima obra del Comité Memoria Neltume. *Guerrilla en Neltume. Una historia de lucha y resistencia en el sur chileno*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2003. Uno de los aspectos más interesantes de esta obra es el rastreo del apoyo popular y de la estructura urbana que aun mantenía el MIR en Chile en 1981 y 1982.

Frente Patriótico Manuel Rodríguez, demostraba que se podía sobrevivir y desarrollar actividad armada en medio de las peores dictaduras.

Esto lleva realizar una serie de preguntas en torno a la conciencia y la cultura de la sociedad argentina. A diferencia de interpretaciones como la de Néstor García Canclini³⁰ o la de Marcelo Cavarozzi³¹ yo encontraba que en la Argentina había una persistencia de una cultura izquierdista en un nivel subterráneo vinculada con el “sentido común” popular que permeaba la sociedad, incluyendo en esto a los pueblos chicos. Esta cultura expresaba un nivel de conciencia “en sí” que permitió la subsistencia de la izquierda orgánica a pesar de la represión y que, además, aportaría a explicar la persistencia y la dureza de la conflictividad social a través del tiempo.³² Pero, al mismo tiempo, para muchísima gente el capitalismo argentino, entre 1943 y 1967, había sido exitoso generando movilidad social y un relativo bienestar económico. La tensión entre ambos “sentidos comunes” generaba una estructura de sentimiento que se emparentaba con el populismo dando sustento a la subsistencia del peronismo y a una movilización en defensa de ese estado de bienestar social que era profundamente democrática y antidictatorial. Así, una *praxis* populista en el sentido de la confianza en la posibilidad de un capitalismo “más humano”, marcaba profundamente toda la política argentina, incluyendo en esto a la izquierda comunista.

Esto lleva también al planteo en torno a las direcciones guerrilleras. Para muchos de los que han escrito sobre el tema las direcciones son directamente responsables de la derrota. Martin Andersen³³ sugiere que Mario Firmenich, el dirigente Montonero, era un agente de los servicios de inteligencia. Ernesto González hace referencia a la “desesperación pequeñoburguesa” de Santucho³⁴. María José Moyano³⁵ equipara a la guerrilla y a su dirección a una “patrulla perdida”, tergiversando la metáfora de Rodolfo Walsh. Flaskamp declara que “sabemos que conducciones políticas que aislaron del pueblo a las pretendidas vanguardias

³⁰ Véase Néstor García Canclini. *Culturas híbridas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1992.

³¹ Marcelo Cavarozzi. *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: CEAL, 1983.

³² Para un primer planteo en torno a esto véase Pozzi y Schneider. 2000. Y también Pablo Pozzi, “Conciencia y cultura izquierdista en la Argentina”. Ponencia, *V Jornadas de Sociología “Argentina: Descomposición, ruptura y emergencia de lo nuevo”*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires: 11 al 16 de noviembre).

³³ Martin Andersen. *Dossier secreto. El mito de la guerra sucia*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 1993; págs. 277 y 418. Andersen presenta una gran cantidad de información para sus acusaciones, pero nunca pasan de conjeturas.

³⁴ Ernesto González, 1999. Este destacado dirigente del trotskismo en la Argentina y fundador del PRT en 1965, también expresó la misma idea en el testimonio brindado al autor en 1995.

³⁵ María José Moyano. *Argentina’s Lost Patrol. Armed Struggle, 1969-1979*. New Haven: Yale University Press, 1995.

contribuyeron a poner al campo popular en las peores condiciones..."³⁶ Esta individualización explica relativamente poco. Primero de todo, porque lo que queda claro en distintos testimonios es que las direcciones de las organizaciones eran legítimas y representativas de sus bases. Pero sobre todo porque una organización es mucho más que su dirección. Se pueden hacer críticas a Firmenich y a Santucho (de hecho creo que es saludable hacerlo) pero tomando en cuenta el contexto histórico y político, y la propia trayectoria de sus organizaciones.

Lo que dejan muy en claro los testimonios disponibles es que el autoritarismo de las conducciones guerrilleras debe ser considerado en el marco de organizaciones revolucionarias clandestinas en un contexto de lucha armada y represión. Toda organización política y toda sociedad tienen características autoritarias que permiten su supervivencia y reproducción, estableciendo parámetros de "normalidad". La normalidad guerrillera se derivaba de su realidad y del contexto en que desarrollaban su accionar. Esto no es para excusar comportamientos particulares, sino más bien para comprender por qué la militancia de la época no los sentía como "autoritarios".

Claramente, el estudio de la experiencia guerrillera recién comienza. Las investigaciones realizadas hasta el momento nos permiten avanzar sobre la base de reformular hipótesis, corregir impresiones y desechar algunos mitos. A su vez nos plantea una serie de desafíos que sólo se pueden resolver en base a mayor investigación y creatividad. En este momento sabemos algo más acerca de quiénes fueron los militantes guerrilleros argentinos. Este conocimiento nos plantea reformular, o por lo menos cuestionar, nuestras hipótesis sobre la historia y la sociedad argentinas.

En síntesis, el desarrollo de la investigación ha ido generando una suerte de fascinación por la vida, la visión y el sentir de nuestros testimoniantes. Esta fascinación se articula además con un objetivo claramente político: el rescate del proceso histórico que generó el auge de las organizaciones armadas argentinas entre 1969 y 1976. Tanto fascinación como objetivo político no están reñidos con la seriedad histórica. Al decir de Víctor Hugo Acuña, "una atenta escucha de la voz de los sin voz puede servir como antídoto a las idealizaciones que sobre todo en América Latina solemos hacer de ellos".³⁷ Lejos de idealizar, la historia oral permite una aproximación a una visión más humana de nuestros sujetos históricos, permite incorporar una vez más el ser humano a la historia.

³⁶ Flaskamp, 2005, p. 105.

³⁷ Víctor Hugo Acuña Ortega, "Fuentes orales e historia obrera: el caso de los zapateros en Costa Rica"; *Secuencia, Revista Americana de Ciencias Sociales* 13 (México: Instituto Mora, enero/abril 1989); pág. 172.